

Del antónimo a la paradoja; el discurso de la complejidad

Jean-Jacques Wunenburger*

El lenguaje hace posible, por sus estructuras y sus usos, una puesta a disposición del mundo, el cual se encuentra de esta manera arrancado a la multiplicidad indefinida, al devenir inaprensible. Nombrar las cosas y los seres, clasificarlos, enunciar relaciones, ordenar acontecimientos son otras tantas condiciones para la constitución de un mundo dotado de sentido, el que por esto mismo puede llegar a ser mundo común, interfase de los pensamientos y de los discursos de unos y otros. ¿Mas no puede el instrumento lingüístico ser también considerado como un órgano-obstáculo, el cual, por sus filtramientos, recortes, seriaciones, acarrea un déficit de la representación, una esclerosis de lo real? ¿El discurso no condena al pensamiento a inclinarse ante una sustantificación identitaria de las determinaciones, a replegarse sobre muestras que, tomadas de lo real, son reductoras de su complejidad, a imponerse puntos de vista unilaterales y petrificados sobre el mundo? La expresión de la arquitectura fragmentada, polimorfa y fluyente de las cosas, en efecto, se topa, en todo caso en nuestras lenguas, tanto con la ortodoxia lógica de la identidad, de la no contradicción del tercero excluido, como con normas semánticas y sintácticas que pre-figuran un discurso canónico. Es cierto que ellas favorecen, por sus efectos conjugados, una representación coherente y una comunicación funcional de las informaciones constitutivas de lo real, pero esto ocurre al precio de una uniformación y de un achatamiento indiscutibles. ¿Se trata aquí de límites insuperables, estructurales, de la expresión o sólo de procedimientos contingentes, convencionales y regionales, que no excluyen ni formas ni prácticas lingüísticas que estén en mejores condiciones de retener el nexo propio del mundo? Abrir el lenguaje a la profundidad y a la esfera de influencia de las cosas implicaría entonces que se vaya más allá de los comportamientos expresivos rutinarios, que se han vuelto falsamente transparentes bajo el efecto de la presión de los usos; decir la complejidad viviente equivaldría a disminuir la densidad de las palabras, acoger en los signos perezosamente unívocos determinaciones polares opuestas, abandonar enunciados dilemáticos en provecho de una dialéctica del por y del contra, del sí y del no. Podemos así localizar y seguir algunos pasos lingüísticos menores, periféricos, hasta atípicos, que transgreden el modelo dominante de las prácticas expresivas, pero que al mismo tiempo testimonian de su carga heurística y cognitiva. Un primer caso

nos mostrará cómo el léxico puede hacer fracasar la atracción identitaria, para inscribir en las palabras la naturaleza contrastada de las determinaciones de lo real; palabras dobles, antónimos, operan una captación dócil y extensiva de la multiplicidad de la experiencia que uno vuelve a encontrar amplificada en la práctica estilística del oxímoron o en la poética de la ambivalencia de las prácticas conflictuales: antilogías, antítesis, juego de enunciados contradictorios, hasta incluso formulaciones de paradojas llegan a ser entonces otros tantos procedimientos para desplazar la mirada frontal del pensamiento por la multiplicación oscilatoria de puntos de vista.

I. Figuras de la ambigüedad

La estructura de las lenguas reposa sobre una polaridad verbo-nominal, cuya pertinencia no es necesario exagerar desde el punto de vista de la lingüística, pero que sin embargo permite inducir según la modificación significativa de una de las polaridades, verbo o nombre, el tipo de relación de cada lengua o familia de lenguas al mundo. En particular, el área lingüística indoeuropea se caracteriza por una predilección por aprehender el mundo fenoménico bajo el ángulo estático de estados sustantivados en los nombres. La antropología lingüística ha permitido relativizar comparativamente esta aprehensión del dato, puesto que en otras áreas culturales hay lenguas que privilegian la expresión del devenir, de los dinamismos energéticos, de los flujos de acontecimientos. B.-L. Whorff, por ejemplo, subraya cuánto la lengua de los indios hopis, lejos de reducir las fuerzas y las energías a sustantivos, y por ende a sustancias, las percibe a través de los verbos en su dinamismo cosmológico:

Nosotros vemos constantemente en la naturaleza entidades ficticias en acción por la simple razón de que nuestros verbos deben ser precedidos por un sustantivo. Estamos obligados a decir "esto alumbra bruscamente" o "la luz alumbra bruscamente", suscitando un agente, "esto" o "la luz", que debe cumplir la acción, "alumbrar bruscamente". Ahora bien, la acción de alumbrar y la luz no hacen nada más que una cosa. La lengua hopi expresará este relámpago por un verbo simple, *rehpi*: "aclarar bruscamente (se produce)". No hay división en sujeto y predicado, ni siquiera un sufijo como el -t del latín *tona-t* (trueno)...¹

Al contrario, las lenguas indoeuropeas, como otras por lo demás,

(...) acuerdan la prioridad a un cierto modelo de frase que comporta dos partes, cada una de las cuales siendo edificada alrededor de una categoría de palabras -los sustantivos y los verbos- que la gramática de estas lenguas trata de manera diferente.²

La relatividad cultural de este tratamiento analítico y estático del dato ha quedado por lo demás, en nuestra historia, tanto más disimulada cuanto que el contraste verbo-sustantivo se ha visto corroborado por la teorización lógica desde Aristóteles. Proceso

¹ Whorff B. L., *Linguistique et anthropologie*, Paris, Denoël-Gonhler, 1969, p. 178; ver también p. 132 ss.

² *Op. cit.* p. 175.

circular tipo, puesto que lejos de ser un absoluto trascendental, la lógica identitaria aristotélica aparece como inducida precisamente por las estructuras de la lengua griega. La filosofía de la sustancia y la lógica de la identidad, que desde Aristóteles sirvieron de validación a nuestras reglas de uso lingüístico (incluso si no se puede hablar de un paralelismo lógico-gramatical en sentido estricto)³ no representan al fin al cabo más que una posible disposición entre otras de la representación discursiva de lo real. Como E. Benveniste lo recuerda, al elaborar una tabla de categorías lógicas,

Aristóteles tenía en vista recensar todos los predicados posibles de la proposición bajo la condición de que cada término fuera significativo en estado de aislamiento, no ligado en una *symploké*, en un sintagma, diríamos nosotros. Él tomó inconscientemente por criterio, la necesidad empírica de una expresión distinta para cada uno de los predicados. En consecuencia, estaba destinado sin habérselo propuesto, a volver a encontrar las distinciones que la lengua misma manifiesta entre las principales clases de formas, puesto que es por sus diferencias que estas formas y estas clases tienen una significación lingüística. Pensaba que estaba definiendo los atributos de los objetos, pero solamente ponía seres lingüísticos; es la lengua la que, gracias a sus propias categorías, permite reconocerlos y especificarlos... De ahí se sigue que lo que Aristóteles nos ofrece como una tabla de condiciones generales y permanentes es sólo la proyección conceptual de un estado lingüístico dado.⁴

Reduciendo el verbo "ser" a una noción objetivable, comprometiendo el pensamiento a girar en torno a la privilegiada relación entre nombre y adjetivo, entre sustancia y atributo, en detrimento de las posiciones y función del verbo y la proposición, Aristóteles favoreció el desarrollo de un modo de pensamiento esencialista, identitario, ignorado o infravalorado por otras lenguas.⁵ Así pues la empresa de denominar lo real no es competencia de una ley única y uniforme, y el mosaico de las lenguas corresponde de hecho a un amplio prisma de construcciones del mundo.

El dominio del ideal lógico-filosófico de la identidad de la sustancia no implica sin embargo que nuestras lenguas no dispongan de ninguna técnica para eludir o corregir la rigidez de las estructuras ortopráxicas. Así, los términos nominales pueden encontrarse liberados de una monovalencia semántica, mediante una retención que no deja partir en la expresión lingüística, un juego constitutivo de la diferencia, que puede incluso ir hasta la diferencia más grande, la de los contrarios. El sustantivo se desdobra o se bipolariza, conforme a vertientes semánticas en el caso de los antónimos, en todos los casos se complica morfológicamente para inscribir, en el orden de los signos, la densidad ambivalente de la realidad designada. En efecto, en su uso corriente el discurso sólo retiene en los términos un único tipo de propiedades que constituyen la unidad homogénea, la identidad propia de la palabra y en consecuencia de la idea.

³ Cfr. Serrus Ch., *Le Parallélisme logico-grammatical*, Paris, Alcan, 1933.

⁴ Benveniste E., "Catégories de pensée et catégories de la langue", en *Les Études philosophiques*, 1958, n. 4. pp. 425-426, reimpresso en *Problèmes de linguistique générale*, Paris, Gallimard, 1956.

⁵ Cfr. Russel B., *Problèmes de philosophie*, Paris, Payot, 1965. p. 110.

Tal es el precio que ha de pagarse por un dominio convencional de la realidad. Por el contrario, podemos tratar de aprehender, aunque más no sea abalizando, el abanico de las diferencias intrínsecas según los dos polos extremos de un fenómeno. Así toma forma una representación sinóptica, que apunta al dato a través de significantes bicéfalos, de palabras-dobles. La unidad de representación se desdobra, no por imprecisión, sino por absorción de las determinaciones opuestas que se encuentran incluidas en el dato. En este caso, la representación ya no está orientada hacia la simple aprehensión de una propiedad única, exclusiva o dominante, ni tampoco hacia una determinación media sincrética, sino hacia la adjunción de los contrarios afirmados en su pareja dignidad. La complejidad se expresa aquí a través de la doble cara de lo real, y por la presencia simultánea de los opuestos.

De esta manera, antes de depurarse, la lengua griega ofrece construcciones de significantes acoplados en parejas, que restituyen la coexistencia compleja de los contrarios. De Homero a Heráclito, el pensamiento está ligado a

(...) un uso categorial de parejas verbales...; acercarse y alejarse, reunirse y dispersarse, mantenerse en bloque y correr, uno a partir de muchos, y muchos a partir de uno... Descubrimos todo lo que se puede decir con el recorte concreto del universo, no tomado como símbolo sino simplemente como vocabulario.⁶

Esta plasticidad de la primitiva lengua griega antes de alcanzar la abstracción identitaria, permite pues acoger holgadamente las representaciones fundamentales de la contrariedad. De esta manera, la teoría cosmológica de los contrarios en los filósofos presocráticos se beneficia de una especie de terreno privilegiado de expresión dentro de los antónimos. Como lo muestra E. Kemmer, estos conceptos de opuestos acoplados permiten designar una totalidad indivisible de lo real, que reposa sobre la interconexión de dos estados que se encuentran uno en las antípodas del otro.⁷ Por lo demás, muchas lenguas modernas, en particular el alemán, mantienen en ciertas expresiones estas parejas polares yuxtapuestas a fin de hacerse cargo de amplios campos de experiencia.

No es sorprendente que el recurso a tales procedimientos de captación de polaridad aumente cada vez que una lengua, o un pensamiento, trata de cernir en un mayor grado las relaciones y oposiciones desniveladas y móviles de lo real. De este modo, las lenguas sagradas o el lenguaje de lo sagrado recurren frecuentemente a antónimos para romper con la isonomía de los términos profanos. Así, el árabe es considerado como una lengua particularmente rica en *addad*, en parejas de palabras que designan correlativos de oposición. En sentido estricto, el antónimo permite por ende fundar una relación de exclusión y de solidaridad entre los términos emparejados:

⁶Ramnoux Cl., *Études présocratiques*, Paris, Klincksieck, 1970. p. 17; ver también Lloyd G. E. R., *Polarity and Analogy: Two Types of Argumentation in Early Greek Thought*, Cambridge University Press, 1966.

⁷Kemmer E., "Die polare Ausdrucksweise in der griechischen Literatur", en *Beitrag zur historische Syntax der griechischen Sprache*, Würzburg, 1903.

La relación de antonimia es ante todo una relación de exclusión mutua. Para cada uno de los términos que se toma como referencia, es la oposición entre la presencia de una propiedad o de una cualidad, o de su grado máximo, y su ausencia, o su grado mínimo... "grande-pequeño", "fuerte-débil", "alegre-triste" ilustran tal oposición de los contrarios.⁸

Como corolario, sobre todo en la forma designada por mugiibal los contrarios, captados en la misma expresión, están fuertemente juntos uno al otro para volverse verdaderos correlatos.⁹

Esta técnica de los términos acoplados en parejas debe, sin embargo, distinguirse de un procedimiento más corriente que apunta a condensar la equívocidad de las determinaciones reales con la ayuda de dos términos salidos de la misma raíz, diferenciados solamente por prefijos o sufijos opuestos. Sigmund Freud, por ejemplo, había creído encontrar en este fenómeno lingüístico, propio de ciertas palabras primitivas, un apoyo nada despreciable para el estudio de la lógica de la ambivalencia y de la contradicción en el inconsciente. Inspirándose en los trabajos filológicos de Abel y de Bain, mostrando que el término egipcio *ken* designa lo fuerte y lo débil, o que el latín *altus* expresa a la vez lo alto y lo profundo, Freud busca encontrar de nuevo en el lenguaje (aun si la interpretación fue criticada por E. Benveniste)¹⁰ los rastros de una lógica de lo real.¹¹ Como nos recuerda en nuestros días Y. Barel, estas curiosidades filológicas no son ni pecados de juventud de una lengua, ni una ignorancia pasajera de la contradicción, sino que se relacionan a dos hechos significativos:

(...) al hecho (verdadero en toda etapa de una lengua y de la conciencia social que se implica en ella) que la palabra equívoca, que designa a la vez dos cosas contrarias, no expresa de hecho ni la una ni la otra, sino la relación entre las dos y la diferencia que ha creado a una y a otra; lo que aquí designa la lengua no son dos objetos aislados que entran en relación, sino un objeto equívoco que llegará a ser relación y diferencia en el curso de la supresión del equívoco; al hecho también "eterno", de que toda cosa puede ser considerada como una transición hacia otra cosa, una transición que no desaparece sino que por el contrario se vuelve patente con la toma de conciencia efectuada por el pensamiento y el conocimiento humano.¹²

En consecuencia, las lenguas disponen también, en proporción más o menos grande, de dispositivos para expresar la ambigüedad fenomenal del mundo al lado de un proceso general de segmentación y de identificación de algo real unidimensional. Yendo a veces hasta la *enantiosemia*, es decir, hasta la co-presencia de dos sentidos opuestos,

⁸ Cohen D., "L'homonimie des opposés" en Berque I. y Charnay I.-P., *L'Ambivalence dans la culture arabe*, Paris, Anthropos, 1967, p. 27.

⁹ Gardet L., "La Dialectique en morphologie et logique arabes", en *Op. Cit.*, p. 121 ss.

¹⁰ Benveniste E., "Remarques sur la fonction du langage dans la découverte freudienne", en *Problèmes de linguistique générale*, Paris, Gallimard, 1966.

¹¹ Freud S., "Des Sens opposés dans les mots primitifs" en *Essais de psychanalyse appliquée*, Paris, Gallimard, "Idées", 1971, p. 59 ss; y también, *Introduction à la psychanalyse*, Paris, P. B. Payot, 1965, p. 163.

¹² Barel Y., *Le Paradoxe et le système*. Presses Universitaires de Grenoble, 1979, pp. 91-92 nota.

el léxico apunta menos a poner alguna positividad de la contradicción, como lo creyó Freud, que a hacer posible una totalización fluyente y no disyuntiva de las propiedades del dato. Esta dilatación semántica de los términos sustantivados por la introducción de una dualidad o de una contrariedad puede pues considerarse como una manera de compensar la extática identitaria para emancipar la lengua del lecho de Procasto de los estados absolutos y simples.

Semejantes configuraciones lingüísticas se encontrarán particularmente activadas en la creación literaria, sobre todo en las épocas en que se pone en cuestión el orden racional canónico. La estética barroca o romántica marca así una preferencia por un lenguaje capaz de expresar la equívocidad de las cosas, la co-presencia de los opuestos, sea para subrayar el orden incierto de éstos, sea para recomponer su unidad-totalidad. De esta manera, la escritura barroca apunta a sugerir una labilidad y una confusión de las formas por una desarticulación del lenguaje identitario en provecho de usos, en fundido encadenado o en media vuelta, de significantes contrarios. Una obra representativa como la de Quevedo, en *La Hora de todos*

(...) rechaza -explícitamente- las frases hechas, los automatismos, los clichés, las expresiones fijadas, los proverbios, que son otras tantas máscaras engañosas y tranquilizantes que nos esconden la realidad contradictoria de las cosas... Su retórica, su arte de decir, debe expresar un mundo caótico, y coherente, paradójico, en el que los extremos se oponen y se superponen como en una galería de infinitos espejos. Después de habernos ensordecidos y enceguecidos haciendo estallar las estructuras sintácticas, las lexías, las palabras, las categorías, las partes del discurso, la jerarquía y la separación tabicada de los géneros, este artificiero del lenguaje nos hace descubrir la identidad y la simetría de los contrarios.¹³

Los escritores barrocos supieron pues hacer estallar la contrariedad consubstancial de toda cosa, subrayar las antítesis y las antinomias, pero para concluir a veces en una verdadera reversibilidad de los contrarios y, por ende, a su indistinción e isomorfismo. Por ejemplo en Montaigne:

El ser aparece como un signo relativo que forma parte de una pareja ser/no ser, cuyos dos términos son inseparables y pensados uno en relación al otro. El verbo ser sólo puede ser pensado aquí en función de su antónimo que toma en el texto la forma de morir: "Nosotros tememos tontamente una especie de muerte allí donde hemos pasado ya por una de ellas y pasamos por otras". Pero esta separación en contrarios aparece como arbitraria porque Montaigne se esfuerza por hacer resaltar la sinonimia de los términos bajo la antinomia, puesto que la vida es definida como una sucesión de muertes pasadas. Los contrarios se confunden con los semejantes y lo inverso de las palabras se identifica a su reflejo: "La muerte del fuego es generalmente aire y la muerte del aire generación del agua, pero lo podemos ver todavía de modo más manifiesto en nosotros mismos".¹⁴

¹³ Bourg I., Dupont P., Geneste P., *Introduction à Quevedo F. de. L'Heure de tous*, Paris, Aubier-Montaigne. p. 22. Ver también *Le Paradoxe au temps de la Renaissance*, 1982, Centre de recherches sur la Renaissance de Paris IV.

¹⁴ Dubois C. G., *Le Baroque. profondeur de l'apparence*, Larousse, 1973, p. 134.

Esta saturación barroca de la contrariedad polar se pone al servicio de una lógica específica que, por desesperación frente al mundo, la rechaza sorprendentemente al reino de lo homogéneo y de la equivalencia. El choque frontal de los opuestos no es de entrada la expresión de una profundidad que no puede ser formulada, sino la expresión de un puro juego de superficies que se rehúsa a ofrecer la solidez y la estabilidad de un punto de apoyo.

Pero no habría que deducir de ahí que toda antinomia es portadora de la indiferenciación y que las parejas lingüísticas son sólo obstáculos al pensamiento de una distinción de las formas. Más fundamentalmente este juego de la *coincidentia oppositorum* constituye la fuerza mayor de la desviación poética del lenguaje. Para muchos creadores y escuelas estéticas, la poética de las palabras y de las imágenes verbalizadas es mediatizada y agudizada precisamente por la contigüidad lingüística de los opuestos. El trabajo de la contrariedad ya no se mantiene dentro de la unidad fragmentaria de la palabra, de la doble-palabra o de la pareja de palabras. Conquista progresivamente la sintaxis, se enrolla en expresiones, se esparce en frases. Por ejemplo, la figura retórica del oxímoron, tan utilizada en la poesía romántica, no se contenta con oposiciones de cualidad sino que busca hacer brotar de su extremo contraste una profundidad inconmensurable que se vuelve fuente incluso del efecto estético de las imágenes.¹⁵ De manera más sistemática, la poética de G. Bachelard desprende una especie de ley generadora de la imaginación, que liga la potencia onírica de las imágenes a su ambivalencia semántica. Englobando incluso al verbo, G. Bachelard valoriza una exploración activa de todas las polaridades opuestas de la unión de los contrarios, de la cual hacía C. G. Jung la ley de armonía del psiquismo:

La dialéctica de los contrarios en el reino de la imaginación se hace a fuerza de objetos, en oposiciones de las sustancias distinguidas, bien reificadas. Cuánto se activaría la imaginación si buscáramos sistemáticamente los objetos que se contradicen. Veríamos entonces las grandes imágenes, como la raíz, acumular las contradicciones de los objetos.¹⁶

De este modo, la carga semántica y la valencia onírica de nuestras representaciones, verbalizadas en la poesía, no pueden ser comprimidas en expresiones homogéneas, a la manera de ideas claras y distintas puestas en marcha por juicios no contradictorios. A cada nivel de organización de la expresión existen procedimientos para sobrecargar las unidades expresivas, por la intromisión de una dualidad contrariante que apunta a desposar el espesor contrastado de la experiencia enunciada.

¹⁵ Cfr. Cellier L., "D'une rhétorique profonde: Baudelaire et l'oxymoron" en *Cahiers Internationaux de symbolisme*, 1965, N°8, y también Durand G., *Figures mythiques et visages de l'œuvre*, Paris, Berg International, 1979, p. 103. Bernard-Weil E. acerca esta retórica de parejas opuestas, que él vuelve a encontrar en M. Blanchot o M. Heidegger, a una lógica de la tensión de los contradictorios. Cfr: *L'arc et la corde*, Paris, Maloine. 1975, p. 152.

¹⁶ Bachelard G., *La Terre et les rêveries du repos, essai sur l'imagination de l'intimité*, Paris, Corti, 1948, p. 291.

II. Juegos de la controversia

El acceso a una representación plural y compleja puede hacer que se entrecroquen, no ya sustantivos, adjetivos, expresiones, sino también proposiciones enteras, en una especie de práctica del por y del contra. En el régimen de los antónimos, lenguaje y pensamiento se contentan con asir conjuntamente determinaciones opuestas. La añadidura o la conjunción de los contrarios alimenta un discurso que lleva en él el rastro de la insumisión de las cosas frente a la identidad ideal, simple, reivindicada por un lenguaje analítico. En otro nivel, el pensamiento puede tratar de producir enunciados sucesivos, pero excluyentes uno del otro, a fin precisamente de totalizar la estructura de lo real. Desde entonces se insta una dialéctica de las proposiciones que exige el abandono de todo enunciado unilateral, fijado, mutilante, en provecho no de una simple variación continua de los puntos de vista dentro de un relativismo o de un escepticismo, sino de un afrontamiento pleno de formulaciones contradictorias. El roce de la afirmación y de la negación de una misma realidad en el discurso no acarrea fatalmente la incoherencia o la confusión, sino que suscita una posición propia del pensar, la que corresponde a la heterogeneidad específica del objeto de la enunciación en relación a las categorías identitarias del enunciado mismo. Retórica de las antítesis, heurística de la contradicción, juego de paradojas constituyen así, las etapas de una "dialéctica antinómica",¹⁷ de una audacia del pensamiento que encuentra en la plasticidad del lenguaje un útil para volverse más adecuado a un significado que desborda por todas partes.

La antítesis constituye primero una secuencia de dos enunciados activamente opuestos por un juicio. El discurso experimenta entonces la insuficiencia de una primera aserción, antes de quebrantar su falsa completud agregándole una antítesis. Por cierto, desde los presocráticos, el juego de las antítesis ha podido parecer un juego estéril, hasta incluso una empresa temible de disfrazar lo verdadero.¹⁸ Sin embargo, uno puede ver ahí el punto de partida de otro trayecto: de las antinomias puede surgir una posición dominante y sinóptica, donde la contradicción aparente contendría en hueco el lugar para una formulación dinamogénica inédita. No solamente que el pensamiento se encuentra a veces puesto realmente en cruz por ciertos dilemas, sino que también puede convertir, en ciertas condiciones, a las antinomias en lugares de ejercicio para hacer surgir del por y del contra, un "tercer" enunciado, que sería no tanto la síntesis en el sentido hegeliano, como el desplazamiento hacia un lugar de inteligibilidad más adecuado. De esta manera M. Détienne y J. P. Vernant distinguen dos prácticas en la constelación sofística de la Grecia antigua. Por una parte, la práctica astuta de los sofistas profesionales se caracteriza

¹⁷ Expresión de J. Freund, en *L'Essence du politique*, Paris, Sirey, 1965, p. 98.

¹⁸ En Platón por ejemplo, *Phédon*, (Belles Lettres. 90 b-c). Ver *La critique des antithèses de V. Jankelevitch*, *L'Ironie*, Paris, Flammarion, "Champs", 1978, p. 118.

(...) por un continuo sube y baja, de ida y vuelta entre polos opuestos: ella invierte en su contrario términos que todavía no están definidos como conceptos estables y delimitados, que se excluyen mutuamente, sino que se presentan como potencias en situación de enfrentamiento y que, según el giro de la prueba en la que combaten, se encuentran unas veces victoriosas en una posición, otras veces en la posición inversa.¹⁹

Por el contrario, la dialéctica antinómica de los filósofos

(...) supone una dicotomía radical entre el ser y el devenir, lo inteligible y lo sensible. (Ella) no solamente pone en juego una serie de oposiciones entre términos antitéticos. Agrupadas en parejas, estas nociones contrastadas se ajustan unas a otras para formar un sistema de antinomias que delimitan dos planos de realidad, excluyéndose mutuamente: de un lado el dominio del ser, del uno, de lo inmutable, de lo limitado, del saber recto y fijo; del otro, el dominio del devenir, de lo múltiple, de lo inestable, de lo ilimitado, de la opinión flotante y que se anda con rodeos. En este contexto lo mestizo ya no puede tener ningún lugar.²⁰

Entre los dos extremos se escalona toda una gama compleja de procedimientos retóricos que permiten fundar un método heurístico y psicagógico, fundado sobre un entrechoque móvil de enunciados unilaterales. En la misma perspectiva C. L. Ramnoux subraya cuánto los sofistas del siglo V a. de C. elevaron conductas instintivas o ritualizadas de logomaquia al rango de método crítico:

Al hacer esto, erigían a nivel de la conciencia reflexiva un procedimiento cuyo origen remontaría a toda forma de justa a golpes de palabra, incluso a golpes de injurias de guerra, y a golpes de juramentos en el tribunal. Los sofistas han practicado la antilogía como una gimnasia, en el moderno sentido de la moderación oratoria, pero también como una gimnasia en el sentido antiguo de la ascesis. Los mejores o los más avanzados quizás agregaron a esto, la intención de obtener un estado de detención en la aporía, estado singular considerado como privilegiado.²¹

El abanico de los debates filosóficos anteriores a Sócrates se caracteriza pues por controversias exacerbadas que encuentran su unidad generadora en el por y en el contra. Las opciones magistrales relativas al Uno y a lo múltiple, al Ser y al no-Ser se engendran según procedimientos dilemáticos y cada escuela de pensamiento encuentra trazado su hilo conductor por el discurso opuesto de una escuela adversa. Estas prácticas permitieron instaurar problemáticas filosóficas originales, y la ulterior historia de la filosofía no ha dejado de tomar de este corpus anti-lógico su materia a pensar. Porque es posible, sin renunciar a la bivocidad de los enunciados relativos al mismo problema,

¹⁹ Detienne M. et Vernant I.-P., *Les Ruses de l'intelligence, la Métis des Grecs*, Paris, Flammarion, "Champs", 1978, p. 11.

²⁰ *Ibid.*

²¹ Ramnoux Cl., "Le Développement anti-logique des écoles grecques avant Socrate" en *La Dialectique, Actes du 14ème Congrès des Sociétés françaises de philosophie*, Paris, PUF, 1969, p. 40. Cfr. Romeyer-Dherbey G., *Les Sophistes*, Paris, PUF, Que sais-je?: 1985.

colocar en lo antitético un foco de significación y de orientación hacia un punto de vista más complejo.²²

Desde luego, el valor heurístico de este afrontamiento de tesis opuestas, que suspende la validación de un enunciado único, da lugar a menudo a posiciones vacilantes. En E. Kant, la antilogía se vuelve una forma inevitable de la actividad racional cada vez que ésta pretende extender sus enunciados a lo incondicionado independientemente de las intuiciones sensibles. En tal caso la razón produce proposiciones contradictorias, no a consecuencia de errores accidentales, o de juegos perversos sino de una necesidad natural de transgresión de los límites de la objetividad científica. Sin embargo, como lo ha notado G. W. F. Hegel, si la antinomia kantiana no trae aparejada la invalidación de cada una de las tesis, como lo hubiera sostenido Platón, tampoco permite alcanzar una altura superior, una inteligibilidad amplificadora. La antinomia permanece pensada a la vez como una disposición congénita del espíritu humano, y como una fisura que testimonia de la finitud de este espíritu cada vez que él se confronta a lo incondicionado. La contradicción no se eleva al rango de instrumento de conocimiento específico, sino que sirve sólo de espejo al sujeto pensante. Así, Kant reconduce el conflicto de las representaciones hacia una resolución pasiva, hacia la armonía complementaria de su unilateralidad recíproca. Al contrario, para Hegel, la contradicción de las proposiciones unilaterales se encuentra arrastrada, en el interior de una racionalidad autoprodutora de lo verdadero, hacia una identidad superior, que mantiene y supera a la vez la posición de exclusión que la antecede. Si la dialéctica hegeliana revela por último su función simplemente mediadora, no es menos cierto que ella se encuentra realizada al rango de un modo de génesis de lo verdadero, de lugar de paso obligado de una totalidad, forma de lo universal.²³

La práctica de las antítesis, debido sobre todo a la ambigüedad de una contradicción, que nunca puede ser absoluta en la medida en que el discurso no puede enunciar al mismo tiempo y desde el mismo punto de vista una afirmación y una negación, no puede por ende ser asimilada a un instrumento confiable de superación de un lenguaje identitario. De todas maneras, la antitética racional puede suscitar inflexiones metodológicas, sin que el objeto mismo que se encuentra desgarrado por la contradicción sea verdaderamente cuestionado. La contradicción enunciada puede empujar el pensamiento a salir de sí mismo para conquistar una ubicación desde donde el conflicto podría ser resuelto.²⁴ Pero nunca se piensa la contradicción en sí, ni siquiera

²² La función de las antítesis aparece igualmente en Aristóteles, bajo la forma de método diaporemático, según el cual el balanceo de las tesis adversas delimita un campo de aporías que precisamente le corresponde superar. La aporía puede ser definida como "la puesta en presencia de dos opiniones contrarias e igualmente razonadas en respuesta a una misma cuestión", Hamelin O., *Le Système d'Aristote*.

²³ Kant E., *Critique de la raison pure*, PUF, 1963, p. 327 ss.; cfr. Guérout M., "Le Jugement de Hegel sur l'antithétique de la raison pure" en *Études sur Hegel*, Paris, A. Colin, 1932, p. 136 a 163.

²⁴ Se podría reencontrar aquí la interpretación dilemática del mito en C. Lévi-Strauss. En efecto, el discurso mítico está edificado sobre antítesis binarias de mitemas, cuya contradicción no resuelta expresa precisamente en hueco una tentativa de poner en orden el dato inmediato: "el objeto del mito es suministrar un modelo lógico para resolver una contradicción (tarea irrealizable cuando la contradicción es real)", *Anthropologie structurale*, Paris, Plon, 1974, p. 254.

en Hegel, como abismo revelador del sentido. Lejos de inhibir a esta movilidad del pensamiento que oscila entre una tesis y una antítesis, la paradoja trata por el contrario de hacer estallar la contradicción, así como del frotamiento de la madera y de la piedra puede saltar la chispa. Lo propio de un discurso paradójico es que se prohíbe caer en la tentación de anular la contradicción. Ésta ya no es una trampa, la expresión de un fracaso o de una impotencia, sino una verdadera palanca para desafiar la simple inteligibilidad. Pensar paradójicamente ya no es más buscar una tercera vía de conciliación, en el exterior de los enunciados opuestos, sino hacer posible un tercero incluso. Decir juntamente dos tesis contradictorias significa movilizar el pensamiento alrededor de los extremos y hacer surgir en el entre-dos, una formulación aclaradora. Esta ya no es alternativa o disyunción, sino choque que abre el acceso hacia una verdad latente. La paradoja sondea los opuestos desde el interior: en lugar de conciliarlos haciéndolos en el mejor de los casos complementarios, la paradoja los piensa en su conflicto. Sin embargo, la paradoja no es retención, suspensión del juicio, especie de complacencia estéril y aporética en el conflicto. De la activación misma del conflicto de las posiciones emerge un punto de vista que no puede superponerse a uno de los extremos y que tampoco se confunde con el medio desde donde los dos aparecen como equivalentes.

Por lo demás, en este sentido, la paradoja, lejos de ser una especie de contradicción debilitada o aproximada, constituiría más bien una figura suya más rica. En efecto, en la contradicción, los enunciados en presencia al mismo tiempo que se oponen lógicamente, se diferencian débilmente, puesto que versan sobre objetos idénticos o semejantes. La oposición paradójica por el contrario, puede hacer intervenir tipos y niveles de enunciados diferenciados; dicho de otra manera, la paradoja intenta aproximar dos aserciones desniveladas para hacer surgir de su encuentro precisamente una oposición. Como lo muestra Y. Barel, la oposición paradójica

(...) no puede ser pensada más en términos de contradicción puesto que le falta la convivencia profunda entre contrarios que nace de su pertenencia al mismo tipo lógico y al mismo nivel: "Esto es de otro orden" decía Pascal. Hay parejas de términos que quedan dentro del mismo tipo y del mismo nivel, y estas son las verdaderas contradicciones y oposiciones. Pero hay otras parejas que en realidad no designan contrarios sino que dibujan fronteras entre tipos lógicos: jerarquizan y puntúan la realidad. Es el caso de las parejas de supuestos contrarios como naturaleza y cultura, energía e información, sentido y significación, análogo y digital...²⁵

De esta manera, instaurar paradojas no puede consistir ya en seguir planes trazados de antemano en la disposición de las cosas, sino en suscitar choques frontales audaces entre órdenes de realidad separados según la razón identitaria. Es por lo que no toda contradicción implica paradoja, sino que toda paradoja comprende una relación

²⁵ Barel Y., *Le Paradoxe et le système*, Presses Universitaires de Grenoble, 1979, p. 63; ver también Watzlawick P. y otros, *Une Logique de la communication*, Paris, Seuil, "Points", 1979.

contradictoria. No es asombroso pues encontrar procedimientos paradójicos cada vez que el pensamiento intenta aprehender la diferencia entre lo finito y lo infinito, lo relativo y lo absoluto, lo temporal y la eternidad, el hombre y Dios. Es así que el ahondamiento paradójico de las relaciones del hombre con Dios en Pascal o Kierkegaard,²⁶ permite precisamente pensar su semejanzas y desemejanzas cruzadas, rompiendo tanto con un monismo panteísta que asegura una continuidad y una transición perfectas entre los dos órdenes, como con un dualismo radical que rechaza lo infinito y lo eterno en la categoría unilateral de la trascendencia.

Las lenguas que fundan nuestra organización racional del mundo comportan indiscutiblemente estructuras semánticas y sintácticas que condicionan y favorecen una expresión identitaria de lo real. Pero nada nos dice que estas estructuras lingüísticas respondan de la mejor manera posible a todas las tareas del pensamiento. B. L. Whorff nota que incluso nuestras ciencias encontrarían quizás en otras estructuras, como la de los amerindios, un útil más conveniente para enunciar ciertas propiedades de la naturaleza:

En lugar de los "estados" de un átomo o de una célula que se está dividiendo, quizás sería mejor utilizar, si además lo pudiéramos manipular fácilmente, un concepto que se pareciera más a un verbo, pero sin incluir las premisas de agente y de acción.²⁷

En otro contexto, como lo han subrayado pensadores marxistas, nuestras lenguas no se prestan bien a la expresión de la contradicción dialéctica:

Ya Hegel se quejaba de la estructura de las frases que han de ser forzadas para expresar la reciprocidad, la contradicción y el movimiento dialéctico... No se puede prever cómo la dialectización del pensamiento penetrará el lenguaje, la gramática, la literatura, etc. Sólo es posible indicar que una crítica progresiva de las categorías del pensamiento y de la expresión es necesaria y que esta revisión no puede ser más que un aspecto de la vida y de la práctica social.²⁸

Con todo, los análisis precedentes testimonian que existen siempre técnicas de expresión que permiten aliar las exigencias de la comunicación con el deseo de llevar al lenguaje lo más cerca de la complejidad de las cosas. Con este fin es necesario saber abrir una brecha en las formas económicas y ortodoxas de nuestros sistemas lingüísticos, poner en sinergia todas las técnicas del discurso, y por ahí poner en resonancia imagen y concepto, poesía y ciencia, complejidad y perplejidad.

* Traducción de Jesús Rodolfo Santander

²⁶ Sobre el discurso paradójico en Pascal y Kierkegaard, cfr. Perrot M.: "La Notion de paradoxe chez Kierkegaard" en *Kierkegaard, Obliques*, 1981, p. 97; Pucelle J., "La Dialectique du renversement pour ou contre" en *Méthodes chez Pascal, Actes du colloque de Clermont-Ferrand*, Paris, PUF, 1979.

²⁷ Whorff B. L., *Linguistique et anthropologie*, Paris, Denoël, "Mediations", 1969, p. 179.

²⁸ Lefebvre H., Guterman N.: Introduction à *Lénine. Cahiers sur la dialectique de Hegel*, Paris, Gallimard "Idées", 1967, p. 66